

gler, ya testigos únicos de las hazañas de su jefe, á quienes has oído la admiración con que le recuerdan.

.....
Pero, entre todos los discípulos de Brown, descuellan como dos verdaderos lobos marinos los coroneles Espora y Rosales.

En cierta ocasión tuvieron, acaso por simple cuestión de amor propio, un resentimiento que, como las rencillas de á bordo, más se enconan por el reducido espacio en que se concentran, y cual la mancha de aceite, va creciendo, extendiéndose. Tras altercado de palabras fuertes se retaron á duelo. Brown, valiente y cristiano, á pesar de haber pasado la mayor parte de su vida combatiendo en defensa de la patria de su adoración, jamás se batió por cuestiones personales. Nacido en una gran nación, donde no se conoce el duelo, siempre lo prohibió en la escuadra de su mando. Creía que la patria no cuelga la espada al cinto de cada uno de sus defensores sino para defenderla; que el hombre no debe hacerse justicia por sí mismo, y que, excepto el caso de propia defensa, no es dable andar á sablazos, menos entre compañeros.

Tal vez lo contrario se piensa hoy en ciertas esferas, sin ser extraño entre los más jóvenes y principio corriente que, al primer pisotón, bien sea casual, deba contestar un sablazo. Al respecto limitome á aconsejarte aprendas todas las armas, te adiestres en toda esgrima, no para alardear ó desafiar á nadie, sino para saberte defender en todas circunstancias. Observa el lema que leíste en la espada de tu abuelo:

«No me saques sin razón
ni me envaines sin honor.»

El caso fué que, con razón ó sin ella, concertado un duelo entre dos de los más valientes oficiales, por el cariño que tenían á su jefe, creyeron deber no llevarlo á efecto sin despedirse de él. El comodoro, ya al corriente de lo proyectado, al solicitársele venia para bajar conjuntamente á tierra, les dijo no se le ocultaba el objeto de la licencia, y extrañaba que, distinguiendo á ellos entre compañeros de gloria, no le hubieran designado para dirimir su contienda. Que si ambos querían corresponder á su aprecio, no dudando tendrían razón para el duelo, excepcionalmente lo reglamentado, si le confiaban dirigir el encuentro.

Gustosos ambos, se sometieron anticipadamente á todas las condiciones que quisiera imponerles su jefe, tan competente en cuestiones de honor.

—Pues bien: por de pronto—dijo,—preciso es aplazar un momento el lance; hay algo más importante que á todos nos interesa. El enemigo no

está á la vista, pero mañana salimos en su busca. Estén prontos; yo les prometo que se batirán, y en regla.

Pocos días después, al moverse la escuadra, se hicieron señales de la capitana para que vinieran á bordo los comandantes Rosales y Espora. A su arribo, el jefe les dijo:

—Mis amigos, antes de entrar en combate les recuerdo el duelo pendiente. ¿Vuelven ustedes á prometerme cumplir todo lo que yo disponga?

Y contestando ambos ponerse completamente á sus órdenes, añadió:

—Bueno; un doble duelo á muerte se efectuará hoy. Yo he retado á la escuadra portuguesa, y ustedes van á cumplir mis prescripciones. Al frente está el enemigo; ya han tocado *zafarrancho*. ¿Divisan ustedes la insignia de la nave principal? Los dos van á atacarla. El que primero le haga arriar bandera será el vencedor. Sangre de bravos como ustedes no debe derramarse sino en sacrificio de la patria.

El ataque empezó con diversas peripecias. Larga fué la lucha y cruenta por ambas partes. Ordenado el abordaje, el buque principal fué á un tiempo asaltado por babor y estribor; Espora y Rosales, rivalizando en arrojo sobre cubierta, corrieron al palo mayor, y cuando el pabellón descendía, se abrazaron ambos entre los vítores del triunfo.

Sincero y espontáneo abrazo, en medio de las llamas, más fuerte que la muerte, se prolongó más allá de los días de ambos, estrechados sus descendientes en una noble amistad de muchos años.

IV

Tan abnegado en el peligro como generoso después de la lucha, compendiando rápidamente sus principales hazañas, pondré punto final con la referente al general Garibaldi. El célebre marino, cuya vocación decidió el ejemplo de Nelson al presenciar sus aplausos desde niño, el último cañonazo que disparó fué dirigido contra ese otro héroe de ambos mundos, que todavía, después de treinta años, me preguntaba en sus postrimerías por su bravo contendedor.

Completamente deshechos sus buques por los que mandaba el comodoro en el reñido combate de Costa Brava, sobre este mismo río Paraná en que se mece la nave de tu primera guardia, después de haber quemado hasta el último cartucho, Garibaldi prendió fuego á sus pequeños barcos, procurando salvarse en un bote.

El capitán de bandera, hoy vicealmirante Cordero, le indica, pasándole el antejo:

—Señor, en aquel bote huye el jefe enemigo: ¿se ordena su persecución?

—No, no. De ninguna manera—contestó el noble marino,—los bravos no se persiguen. Déjenlo, que Dios le ayude. Llevado á presencia de Rozas lo sacrificaría, y tal vez el valiente Garibaldi esté destinado á grandes cosas.

Entonces baja al bote Cordero, á quien en tan encarnizado combate honró Brown regalándole su propia espada (hoy en el Museo), procurando adelantar al que de vanguardia se había desprendido, emprendiéndose entonces la memorable carrera que la tradición recuerda con el nombre de «La regata de los dos hermanos.» Ambos á un tiempo, Mariano y Bartolo, abordando el buque enemigo sobre cuyo puente humeaba la guía dispuesta para hacerle volar, córtanla con sus hachas de abordaje, salvándolo, mientras que, honrando al valor desgraciado, ven alejarse en pequeño bote á Garibaldi y su fortuna, y con él al héroe de una noble causa.

El número de presas que hizo Brown fué tal, que el almirante Cockrane, ni el mismo Nelson, ni otro alguno, con tan escasos elementos alcanzó más ventajas del enemigo.

Cansada de tanto combatir, más de una vez la marinería extranjera, atraída únicamente por el enganche, desertó de los buques, y por mucho tiempo tuvo que echar mano de gauchos, y aun de indios destinados á bordo. Bajo tan ruda corteza descubrió buena madera para diestros marineros. Valientes y sufridos, sumisos y constantes, obedientes y decididos, en su ignorancia no sabían ni contar, menos leer, y sin embargo aprendieron á escribir por señales.

Es de admirar cómo se ingeniaba Brown para hacer conocer los nombres de velas y maniobras á sus buenos muchachos. Habiendo llegado á comprender que sólo conocían el libro de *cuarenta hojas*, puso á todas las vergas y velamen nombres de barajas. Así oíanse en su singular lenguaje, durante las maniobras, órdenes y voces de mando que provocaban risa en medio de la refriega: «¡Larga el as!, ¡Ata el caballo!, ¡Recoge la sota!, ¡Amarra al rey!,» por largar *la mayor*, recoger *rizos*, atar el *bauprés* ó asegurar el *foque*.

Y ahora, hijo mío, no te andes por las gavias, ni cuelgues de las vergas, ni quedes en la cofa. Estudia y aprende hasta llegar al tope del mástil.

V

Recuerdo al bravo jefe que dió nombre á la nave de guerra en que hoy haces tu primera guardia de cadete. Alto, corpulento, tan blanco su noble rostro como el cabello que le coronaba, cejijunto, cojo, ya algo encorva-

do por el peso de sus años, de pocas palabras, reservado, algo maniático, bondadoso, raro y silencioso, el solitario de Barracas, que si nunca llegó á hablar bien el castellano, hizo retumbar las más sonoras voces sobre el Plata con los cañones de la independencia, conservo grabado el recuerdo de sus últimos años entre los primeros de mi juventud.

Ya en sus postrimerías allá por 1856, mi padre, á la sazón primer gobernador constitucional de la provincia de Buenos Aires, me mandó á sal-

ludarlo é informarme de su salud, bastante quebrantada, á su casa, especie de castillo donde por cuarenta años vivió fortificado en medio de los potreros de la Boca, á la entrada de cuyo portón, sobre la calle hoy de su nombre, aún permanecen enterrados dos de los cañones que tomó á los portugueses. Enviaba el gobernador á preguntar si podía fijar día para inspeccionar el buque mercante fondeado en la Boca, ofrecido al Gobierno. El viejo almirante en cuyo escondrijo costó penetrar, cuando supo quién me enviaba, tuvo reminiscencias gratas para tu bisabuelo, recordando que el Dr. D. Manuel Alejandro Obligado, ministro de Estado permanente en el largo directorio del general Puyrredón, fué quien le había sostenido con mayor confianza durante el primer curso, cuando se le pretendía equiparar á un pirata ante el Tribunal de Londres, para declarar mala presa las que hiciera en las Antillas, bajo bandera de una nación no reconocida.

Al fijar el día en que se hallaría sobre el bergantín *Río Bamba*, insinuaba al gobernador cambiar el nombre por *General San Martín*.

—Es uno de los hombres de la Independencia que siento no haber encontrado en mi camino—agregaba el glorioso veterano,—en tan larga carrera que ambos combatimos por una misma causa, si bien llegué á saber que en un mismo día habíamos recibido nuestro bautismo de fuego sobre el Mediterráneo, tripulando yo uno de los buques de la división naval al comando de Nelson, y él en la infantería de marina de otro buque español. Tan asendereada ha sido mi vida y tan de continuo movimiento la suya, que en sus breves estadías aquí, y en mi vida de tanto ó más movimiento que la de él, no tuve ocasión de verle. Pero recuerdo que á uno de los primeros buques que armé puse su nombre. Ya no existe ni el



El coronel Sinclair, último marino superviviente de la primera escuadra argentina.

casco en ruinas, por lo que el último en cuyo armamento tendré participación, deseara inscribir en su popa su nombre glorioso.

Coincidencia fué esta que se ha repetido en más de uno de los prohombres de la revolución. San Martín siempre al galope, apenas se entrevistó dos horas con Belgrano; el almirante Brown no le encontró una. Estos dos astros de la naciente gloria argentina habían seguido su curva majestuosa hasta más allá de los confines del patrio horizonte. Cuando en 1828 llegó San Martín á divisar la ribera natal, venía ávido de abrazar al héroe que había llevado triunfante el pabellón que él alzó á la mayor altura de la tierra por todos los mares que la circundan.

Recrudecida la lucha civil, al terminar los combates en que la figura de nuestro primer almirante se agiganta (como el genio del Plata que con tanto brío defendiera), sin dejar la nave que le conducía, dió melancólicamente desde lejos sus últimos adioses á la patria, sin que los argentinos, divididos, pudieran contemplar en estrecho abrazo el más grande de los criollos con el más querido extranjero vinculado á ella por sus victorias. ¡Fraternidad de gloria que no nos fué dable aplaudir por nuestras continuas discordias!

Sólo en otra ocasión llegué al encastillamiento del misántropo de Barracas, tan buen cristiano como arrojado marino. En la mañana del 3 de marzo de 1857, el capitán de la escuadra Alejandro Muratore (aquel joven de tan brillantes prendas que á no haber truncado prematuramente su destino balas fratricidas, destinado estaba á ser nuestro primer almirante) vino todo agitado y conmovido con la nueva al gobernador de que Brown arribaba en su último viaje á la eternidad. Entre las disposiciones tomadas se me encargó atravesara frente á nuestro hogar (Reconquista, 33) para conducir en el carruaje á escape al más piadoso de los capellanes irlandeses, el inolvidable padre Fahy, que siempre llegó á tiempo de consolar á cuantos sufrían.

VI

El honor del joven oficial, como el pudor de la doncella, semejante es á un limpio cristal purísimo que el más leve soplo empaña. Recuerda en todas las solemnes circunstancias de tu vida la breve y elocuente proclama de Nelson, que resumía todas sus aspiraciones: «La Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber.» Más que para otra alguna, en la carrera que emprendes tan llena de peligros, contrariedades y privaciones, se necesita doble cantidad de valor, de abnegación, de desinterés y patriotismo. Sed respetuoso con tus superiores, afable con tus compañeros, to-

lerante con todos. Saber obedecer primero, para saber mandar después.

«Honor y patria» es la divisa del buque á que hoy subes, y subordinación y disciplina, estudio, constancia y aplicación la de toda carrera. Se necesita mayor energía en el peligro, mayor sangre fría en la catástrofe. Vigilancia á todas horas, reserva y serenidad en todos los momentos.

¡Cuántas veces los intereses y el honor de una nación penden del éxito de un buque en un momento dado! Ejemplo bien cercano presenta la última guerra del Pacífico. Murió Grau y el Perú sucumbió, naufragando con el Huáscar, en una hora, todas las esperanzas de triunfo.

¡Adiós, hijo mío!, y si un día la ambición extranjera, explotando nuestras eternas disensiones, amenazara la independencia de la patria, recuerda que la escuadra es la vanguardia de la nación.

.....

Quando alejándote del Plata para dar velas al mar, vuelvas tus miradas, perdiendo ya de vista, como esfumado entre las brumas del horizonte, el torreón en que escribo, donde levanté un hogar para mis hijos, recuerda que á su pie está el oratorio donde te enseñaron la primera plegaria; que antes que resuene el cañón de tu nave, las primeras manos que entrelazaron las tuyas se cruzarán en el ruego, habrá rodillas que se doblen, corazones que palpiten y se eleven en la oración, labios que pidan al Dios de la victoria el triunfo para la patria y la salvación para su hermano.

Recuerda entonces el ejemplo de nuestro primer almirante, cuyos rasgos principales, que te dedico con mis adioses, he pasado escribiendo en la noche de tu primera guardia. Recuerda que siempre él invocaba la protección de la Divina Providencia al entrar en combate, y cumple con tu deber.

¡Que el Dios de tus abuelos bendiga tus armas!

